

se profesa en todas partes y a la fe que tienen en su protección aldeas y ciudades; pues así como en el seno de las familias se oye llamar más a la madre que al padre, así también en la gran familia cristiana se invoca con más frecuencia el nombre de María que el de su Hijo Divino.

Jesús es ciertamente nuestro dulcísimo Padre y Redentor de nuestras almas, aliento de nuestra vida, fundamento de nuestra esperanza; pero también es el Rey de tremenda majestad, Juez de vivos y muertos, y aun en el momento mismo en que nos abre los brazos, brindándonos el perdón, vemos en sus manos y en su costado las heridas que abrieron nuestras culpas; al paso que María es madre y madre sólo de misericordia, que detiene los castigos del Señor, como si El se hubiera reservado para sí la justicia, y dado parte principalísima a María en la misericordia y la clemencia, para que, así como el padre ofendido por su hijo, cuando desea y quiere perdonarlo sin menoscabo de la justicia, espera que la madre lo traiga arrepentido, así Dios ha constituido a María Madre y abogada nuestra, la ha hecho tesorera de las gracias que tiene destinadas a los hombres queriendo que todas nos vengan por su mediación, precisamente movido por el deseo ardiente de facilitarnos el perdón y salvarnos.

Las anteriores consideraciones, tan conocidas de todos nuestros hijos en el Señor, fueron las que nos determinaron, en la última conferencia Episcopal, a decretar el Congreso Mariano Nacional, fin de promover por este medio el aumento del culto de María, darle ante el cielo y la tierra público testimonio de nuestro agradecimiento por los beneficios recibidos y hacer que el amor a nuestra bendita Madre creciera más y más en nuestra Patria, para lograr como fin principalísimo la conservación de la fe amenazada por multitud de errores difundidos por la mala prensa, la conversión de muchas almas extraviadas, y la perseverancia en el bien de las que están firmes en la piedad y en las buenas costumbres.

De muy atrás nos viene la devoción a María.

Cuando Colón se lanzó a los mares en busca de un nuevo mundo dió el nombre de María a una de sus frágiles embarcaciones, y con los conquistadores hombres de fe profunda, vinieron misioneros que enseñaron a los moradores de estas tierras a cono-

cer y amar a Dios y a la Virgen Inmaculada. También los héroes de la Independencia fueron fieles a aquella tradición, y si en sus cabezas bullía la idea de darnos Patria, en sus almas era firme la fe y ardiente el amor hacia la Virgen Santísima.

Muchos documentos de aquella época grandiosa lo manifiestan claramente: baste uno sólo como ejemplo: Cuando el 20 de julio del año 1813 las corporaciones juraron en la Catedral cumplir y defender la Constitución de Cundinamarca, que se había erigido en Estado independiente, Narino firmó el famoso decreto que puso a Cundinamarca «bajo los auspicios de Nuestra Señora la Virgen María en el misterio de su Inmaculada Concepción».

Todavía se conserva en muchas partes de Colombia la costumbre, antes universal, de usar como saludo una jaculatoria, en que se confiesa y aclama la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María.

Así, pues, desde los albores de la vida independiente, para gloria y honor de nuestra Patria, sus habitantes han querido que María reine en ella, y María, efectivamente, ha reinado y nos ha protegido como madre.

Ahora cuando las naciones, más poderosas de la tierra padecen congojas mortales, consecuencia de la guerra más formidable que haya destrozado a la humanidad, Colombia, favorecida especialmente por la Providencia divina, fija sus miradas suplicantes y regocijadas en la que es Madre de los hombres y auxilio de los cristianos, y de un confin a otro de la República el pueblo colombiano, obediente al llamamiento de sus Pastores, se levanta para celebrar con imponderables manifestaciones de filial amor el Congreso Mariano y para aclamar a María ante el mundo entero.

La entrada triunfal en esta ciudad de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá, traída con edificante devoción y regia pompa desde su santuario; la imponente ceremonia de la coronación hecha en presencia del Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico y ante las Autoridades supremas de la Iglesia y del Estado y un concurso incontable de fieles de toda condición, que formaban un sólo corazón y una sola alma para amar a María y proclamarla su Reina soberana, son acontecimientos de tal magnitud e importancia que harán eco en todo el mundo católico, y abren una nueva era de pros-

peridad y bendiciones para la nación que así ha sabido honrar al ser más excelso, entre las puras criaturas, que ha salido de las manos del Omnipotente.

Hermoso sobre toda ponderación fue el homenaje tributado a la Virgen en la solemnisísima procesión que recorrió las principales calles de la capital de la República, procesión admirable no sólo por la fidelidad con que se desarrolló el grandioso programa, sino también por el orden que reinó en toda ella y por la fervorosa ternura con que los fieles ofrecían su tributo de amor y de culto a la Madre de Dios.

Jamás olvidaremos la viva emoción que tan grandiosos acontecimientos causaron a nuestras almas, y bendeciremos siempre a Dios que nos concedió presenciar tan consoladoras manifestaciones de la fe de nuestro católico pueblo que ha sabido conservarla a pesar del loco empeño con que algunos desgraciados procuran arrancársela.

Las manifestaciones que admiró la capital se vieron también en todo el territorio colombiano. No sólo en las ciudades principales sino hasta en las más humildes parroquias se celebró el Congreso Mariano con fervorosas y tiernas solemnidades que han sido testimonio de devoción a María y alarde hermoso de que hay una nación que se acoge bajo el manto de María y que tiene corazón para amarla proclamándola su Reina y Soberana.

Con motivo del Congreso Mariano, Nuestro Santísimo Padre Benedicto XV nos hizo oír su voz soberana y nos exhortó a que procurásemos que no tuviera por fin único juntar las multitudes a celebrar las alabanzas de la Virgen, sino empeñarnos en que las flores de tierna devoción hacia María florezcan como el lirio, y con el esfuerzo y ejercicio de la vida cristiana, despidan fragancia y echen graciosas ramas.

Os recomendamos, por tanto, amados hijos nuestros, las obras sociales católicas, para cuyo fomento se celebraron durante el Congreso Mariano fructuosas reuniones y se adoptaron conclusiones que se publicarán más tarde y que no dudamos pondréis en práctica con el interés y celo inculcados por la Santa Sede.

Resultado son también del Congreso Mariano las conclusiones, fruto del entusiasmo con que trabajaron otras diversas comisiones. Cómo no alabar las de la Sección Sacerdotal compuesta de nuestros más inmediatos cooperadores? Cómo pasar en silencio